



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Y Jesús se puso en la fila, como uno de tantos

Reflexiones sobre el Evangelio de Mateo 3, 13-17 (Fiesta del Bautismo de Jesús - Ciclo A – 8 de enero de 2017)



La fiesta del Bautismo de Jesús, con la que terminamos el tiempo de la Navidad, nos trae a la memoria y al corazón un hecho en la vida del Señor cuya historicidad, de acuerdo con los estudios bíblicos, parece que es innegable. Siguiendo a mi compañero José Enrique Ruiz de Galarreta cuando explicaba la historicidad de textos como este, podemos afirmar que, si el encuentro de Jesús con el Bautista en el Jordán no se hubiese dado, los discípulos lo habrían ocultado pues este hecho genera más de una pregunta, por señalar una: si el bautismo de Juan es de conversión, ¿por qué Jesús, que no tiene pecado, acude? Para quienes queráis ahondar en el sentido teológico de esta fiesta os recomiendo el capítulo 3 del libro “Jesús, aproximación

histórica” de José Antonio Pagola.

Paso ahora, de acuerdo con la pretensión de los **ECOS DE LA PALABRA**, a ofreceros, más que una reflexión teológica, unas sencillas pistas de reflexión que os ayuden a llevar a vuestra vida el mensaje del evangelio.

El lugar donde acontece el bautismo, el río Jordán en las cercanías de Jericó, es el lugar más bajo de la tierra, cerca de 400 metros bajo el nivel del mar. Este dato geográfico, quizá irrelevante, a la luz de la fe puede tener un significado distinto que nos ayuda a comprender el modo de proceder de Jesús.

Jesús bajó para levantar a la humanidad caída. Al asumir nuestra condición humana, en todo menos en el pecado, Jesús asume la suerte de un pueblo pecador y se solidariza con él. Al ponerse en la fila para ser bautizado por Juan nos enseña que el modo como Dios salva a los pecadores es estando con ellos, compartiendo su noche oscura para que, al final del camino, puedan ver la luz.

Y no solo se puso en la fila, sino que bajó a lo más profundo de nuestro sótano, a nuestra pequeñez para sacarnos a la luz y que podamos reemprender el camino con la

dignidad y la libertad restauradas. Dios, en Jesús, bajó hasta nuestro abismo. No envió un WhatsApp a los organismos de socorro ni dio órdenes a sus colaboradores para que viniesen en nuestra ayuda, sino que, él mismo, corrió el riesgo de bajar, de “pringarse” para echarnos el cable que necesitamos para volver al camino que nos conduce a vivir en plenitud como hijos y hermanos. Su descenso nos eleva, nos libera de la mirada pequeña y nos abre a horizontes amplios de realización como seres humanos.

Jesús bajó para cumplir lo que Dios quería. Jesús no se aprovecha de su carácter de “Hijo predilecto” para obtener privilegios en medio de su pueblo, ¡el asumir la naturaleza humana es de verdad! por eso pasa como uno de tantos para que se cumpla toda justicia. Dice Pagola en el capítulo que os recomendé arriba: “(...) Mateo da un paso más. Cuando Jesús se acerca a ser bautizado, el Bautista trata de apartarlo con estas palabras: ‘Soy yo el que necesita ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?’. Jesús le responde: ‘Conviene que cumplamos toda justicia’. Así pues, ha de quedar claro que Jesús no necesita ser bautizado; si lo hace es por alguna razón desconocida que lo empuja a actuar así”.

Yo no soy nadie para decir cuál era la “razón desconocida” que lo empujó a actuar así, sin embargo, pasando por atrevido, me arriesgo a aventurar una razón que para mí es la clave del modo de proceder de Jesús: obró y obra así porque su amor es tan grande y generoso que no soporta ver a ninguno de los que el Padre le encargó sufriendo o hundido en sus propias miserias. Su amor sigue apostando por el género humano y sigue bajando para rescatar a todos los que seguimos clamando desde lo hondo de nuestro abismo: Señor, ayúdanos.